

## El otro Pablo

*Raúl Pérez Torres*

**Q**uiero entenebreceer la alegría de alguien.  
Quiero turbar la paz del que esté tranquilo.  
Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego; justamente como el parásito que ha tenido el acierto de localizarse en tu cerebro y que te congestionará uno de estos días, sin anuncio ni remordimiento.  
¡He! ¡He!

¿Quién dice eso? ¿Quién me llama desde esas frases con una ternura despiadada, de horrida belleza, de abrumadoras resonancias? ¿Quién me pone con su palabra helada, al borde del abismo? ¿Quién me ha colocado al filo de una sintaxis despiadada y me produce vértigo? ¿Quién galopa en mi interior con sus cascos de luz? Eres tú, potrillo tierno, perturbado vigilante de la multitud anónima, que va olisqueando en la palabra los huesos podridos del frío cotidiano.

Pero, ¿quién eres tú, diseñador de rostros deformes, multiformes, adelantando de la angustia, bicéfalo de la soledad? ¿Eres el otro Pablo? ¿Eres el delirium tremens del otro Pablo? ¿Eres su doble? ¿Eres la pesadilla de ti mismo? ¿de tu Patria? «Yo es otro» dirías «yo es otro» recordando a tu hermano y reirías con todos tus dientes irónicos y abstractos.

Francamente no comprendo mi emoción.

El cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos, los que no, son animales raros.

Pero vamos por partes, diría el descuartizador, si el descuartizador fueras tú o Julio, o Poe o Kafka, o cualquiera de tu singular familia literaria. Aunque en ti la parte es el todo, y el todo es esa lupa, ese lente de aumento con el que exa-

*minaste el hueso de la realidad, su blanda médula que es el verdadero material de la pesadilla, es decir, la yegua de la noche, lupa y escoba con que nos permitiaste sacudirnos el polvo de oro viejo del romanticismo, del modernismo, del realismo social.*

*¡Oh! Esto es una maravilla.*

*Recuerdo hace más de cuarenta años, temblando del desasosiego y la duda que produce la creación, leyendo estremecido tus deslices, con Iván, con Marco Antonio, con Abdón,<sup>1</sup> éramos esos niños serios y pálidos en cuyas caras congeladas aparecía congelado el espanto, la maravilla de la luz lateral que iba entrando en nosotros como un puñal, con esa seducción demoníaca que quizá no tenía que ver nada con tu valor absoluto, pero sí con la turbulencia de tu mismidad, con esa corriente subterránea de sugestión, de la que nos hablaba Poe, absortos de comprender los bofetones que dabas a la razón y a la lógica, a la burguesía adormilada en sus viejas lecturas de la literatura y de la vida, admirando tu semántica revolucionaria y cuestionadora que lanzaba sus dardos subterráneos hacia un pasado bobalicón y sonso.*

*Pero ¿desde qué coordenadas misteriosas coincidiste con Kafka en este porvenir que ya es pasado, en este porvenir estafado? ¿Desde qué ironía, desde qué lucidez?, porque Max Brod, el amigo que no tuviste, nos entregó los diarios de Kafka en 1934, cuando su cuerpo había muerto, pero ¿y tú?, en 1932 ya dabas a luz esa Vida del ahorcado con el cordón umbilical de la lucidez y la marginalidad. En este sentido, poco sabemos los mortales sobre las coordenadas misteriosas de las inteligencias, que se tienden y se identifican a través del tiempo y el espacio.*

*Cuando se sabe, poco hay que inducir. Induzca, joven lector, porque ahora voy a jugar con la geografía, el espacio y el aparente azar de las palabras.*

Extraño, misterioso, tal vez peligroso, tal vez redentor consuelo de escribir: salir de la fila de los asesinos, observar los hechos. Observación de los hechos en cuanto se crea una especie superior de observación de los hechos, superior, no ya aguda; y es tanto más superior cuanto más inalcanzable resulta partiendo de la fila.

(FRANZ KAFKA)

*Y ahora vamos a Palacio:*

*...En otro tiempo aquel sueño lo habría aceptado con una especie de placer, que su realidad modificaría totalmente mi vida, dándome un carácter en esencia nuevo, colocándome en un plano distinto de los demás hombres; una como*

<sup>1</sup> Iván Eguez, Marco Antonio, Abdón Ubidia, escritores ecuatorianos de mi generación.

*especie de superioridad entrañada en el peligro que representaría para los otros y que les obligaría a mirarme, con un temblor curioso parecido a la atracción de los abismos...*

*Entonces, dentro de este largo y singular proceso de la otra coherencia, algo nos desubicaba, nos desajustaba, nos proponía una nueva mirada, esa misma mirada múltiple con la que ya veíamos los cuadros de Picasso o Braque, esa especial voltereta del pensamiento, algo como un extravío de ideas, como las del endemoniado Stavroguín de Dostoiyevski, relatos sin seriedad ¡Hombre! donde fantasmas intrusos, cucarachas cotidianas, se inmiscuyen en la filosofía del texto, en su sacra uniformidad, y a punta de risa nos va empujando al precipicio en el que nos hemos instalado desde hace tiempo sin que nos hayamos dado cuenta. Rotura del texto, dislocación del discurso, actos entrometidos en la linealidad. Es que, cuando más extrañas son dos cosas entre sí, más luz brota de su contacto, esto al menos lo dijo otro endemoniado de nuestro tiempo, Kundera, cincuenta años después. Entonces, cuando te leo, Pablo, soy como un mono en un árbol, estoy aquí y estoy allá, en esta rama y en ese tronco, asediado por tu poética exasperada, por tus personajes marginales, gibosos, despiadados y feroces, por esa cínica primera persona que me acerca siniestramente a lo que yo he ocultado, a lo que yo he negado, a lo que he escondido, a lo que he tenido en secreto para no sonrojar mi espíritu. Y voy junto a ti, bañándome en el río de Heráclito, a veces breve, a veces turbulento y largo, o te miro como un piloto ciego que va arrasando con las normales barreras de nuestras expectativas, del orden, la autoridad y la cultura de una sociedad petrificada. Pero también siento cómo vas arrasando las teorías del cuento, los manuales de perfectos cuentistas, y esa clave del relato; la síntesis preconizada por Poe, Chejov, o Maupassant, se topa de bruces con una eficacia que surge de su opuesto: la divagación; es decir, que en el momento preciso de optar por la brevedad, el texto se desvía y se dispersa, y se alarga como una horripilante gelatina llena de ambigüedad y espinas, ante la cual el lector, nervioso y anormalizado, opta también ya no por la comprensión, sino por la sensación: ¡comprenderla o sentirla! He aquí el dilema como en algunos trilces de Vallejo, o de Macedonio o Roberto Arlt, o Huidrobo. Como lo dije algún día en Cuba: frente a la verborrea exterior, tu laconismo punzante; frente a la mediocridad y a la superficialidad, tu humorismo cruel; frente a la vaciedad de los conceptos, tu sicología incisiva; frente a un aparente ordenamiento burgués, tu burla permanente a los procesos lógicos.*

*¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?*

*El problema del arte es un problema de traslados. Descomposición y ordenación de formas, de sonidos y de pensamientos. Las cosas y las ideas se van volviendo viejas. Te queda sólo el poder de babosearlas.*

*¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?*

*¿Y la realidad, entonces? Pues empieza a ser aquel hombre que despierta convertido en un escarabajo, o aquella doble y única mujer, o aquel antropófago, casi alegre, apenas demoníaco, devorando a uno de sus hijos, porque de lo que se trata es de entrarle a patadas a una realidad escurridiza e innoble, desprestigiarla y denigrarla, ponerla en la picota. Así lo entendía otro escritor de mi generación, Vladimiro Rivas, cuando nos decía que «en este empeño por desacreditar la realidad, Palacio la puso en cuestión; descubrió por su propia cuenta algo muy aproximado al monólogo interior y a la fantasía de la conducta. Opuso a una sedicente realidad previamente dada, la realidad del mundo de su escritura; defendió con la atmósfera enrarecida, casi expresionista de sus obras, la especificidad y autonomía de la literatura frente a la mera crónica de los hechos y frente al realismo que practicaban sus contemporáneos».*

*Realidad de la literatura, el cuchillo de la otra realidad, el evanescente espectro que se va formando con las palabras salidas de sus casillas, con esa disgregación patológica del pensamiento, con esos elementos desencadenantes de la esquizofrenia, con esa cuerda frágil que va de la lucidez intensa a la locura total, con ese eco que resuena en el texto como si escucháramos una carcajada en un castillo deshabitado, porque quizá esa es la maestría que nos abruma en sus cuentos; la perseverancia tensional con sus fantasmas.*

*Y los fantasmas se pasean por tus libros, persiguiendo el rostro esfumado de tu madre, ese que no pudiste asirlo ni en las palabras ni en la vida, rostro tris-tísimo de abandono y de culpa, cara de humo que cuando se mira al espejo el azogue devuelve solamente soledad.*

*Y cuando la muerte estaba aún patas arriba, esperando que se durmiera el cancerbero de tu inteligencia, cuando aún dabas dentelladas –antropófago tú mismo de la cotidianidad–, sin recordar que dejar de ser nos cura la fatiga, ocurrió que te inundó el lado sesgo de la luz, su abrumadora iridiscencia.*

No es verdad que el alma tenga ventanas, o estén siempre corridos sus visillos, dijiste, Pablo, antes de abrirlos y emprender tu viaje al fin de la noche cargado con el chorro de día de las lámparas, entregado a ese soliloquio desvariado y sin embargo certero, donde te ríes de ti mismo y de nosotros desde hace tantos años, mientras miro tu retrato ocre, amarillado por el tiempo y recuerdo aquel retrato que plasmó de ti, en frases de fuego, ese otro poeta de la literatura subterránea, contemporáneo tuyo, Gonzalo Escudero:

...el hombre, escurrido, óseo, longitudinal como descendiente del Greco... Un sujeto que no podía llamarse Pablo Palacio. Un hombre bidimensional, hombre sin volumen ni profundidad. Un hombre vertebrado como pocos, que posee dos ojos de habitante acuático, una nariz de halcón, una epidermis de excelente pergamino para encuadernar toda una biblioteca prohibida, una quijada protuberante a manera de proa de su obscura personalidad, dos tibias como dos bastos de leñador, su sonrisa de azufre –amarilla pálida– que tiene desde la nariz hasta las comisuras de la boca, siete arrugas parecidas a siete líneas telegráficas perfectamente paralelas...

*Es increíble de qué manera ese retrato hablado sobre tu rostro físico va mezclándose y articulándose en tu obra, sumergiéndose en esa estela fantasmagórica, quizá siniestra, que iba gestándose con tu palabra, como un ectoplasma donde aparecía borroso el rostro de la verdad descarnada, de la realidad deshumanizada, grotesca, burlona, perturbada.*

*Y es desde allí, desde esa búsqueda inmisericorde y obsesiva, alucinada y metafísica, desde donde marcarías los derroteros de casi toda la literatura posterior; especialmente la de mi generación, que se alimentó de tu rotura, de tu risotada interior que todavía muerde nuestra creación con sus dientes afilados.*

*Así debes haber entrado finalmente a la locura, ese otro espacio de la vida y de la muerte, donde luego acompañaste tantos años a tu cadáver lleno de fosforescencias.*

*Ya andará otro como tú...*